



DeucALiÓN.

2



DeucALiÓN.

2

DEPARTAMENTO PROVINCIAL DE SEMINARIOS

CIUDAD REAL

JUNIO DE 1951

DEUCALIÓN

Dirige
Angel Crespo

2

Revista de la Universidad de Castilla-La Mancha
Vol. 1, No. 2, 1951

LA BUENA NUEVA

(F R A G M E N T O)

Quisiera ser espacio;
quisiera ser la anchura
donde los hombres libres caminan de uno en uno.

No me digais mi nombre.
No me conteis mis años.
Si aún vivo es porque puedo negar el ser que he sido.

Me he descubierto abierto,
distante, traspasado,
forastero en el mundo que pesa opacamente.

Allí está la evidencia
y aquí, yo, vacilando
y abriendo con mis salvas de conciencia, distancias.

Clavados en lo loco
de un fulgor extasiado
los hombres y las cosas perfilan su apariencia:

Se imponen como nada;
me matan, declarados;
se afirman delirantes; me alucinan concretos.

Ya soy otro. Soy todo.
Ya no soy nadie, amigos.
Soy conciencia vacía y en el límite, espanto.

Pasad, pobladme, amadme,
llevadme en la corriente.
No quiero fríamente brillar como una estrella.

No me gusto a mí mismo.
Quiero morirme en otro,
mejor o por lo menos descansando al negarme.

No quiero nada o quiero
ser sólo transparente.
Miraros diferentes. Olvidarme en vosotros.

No me digais que sí.
No me digais que no.
Que quiero a la redonda cercar todo el amor.

Gabriel CELAYA



Dibujo de Darío Regoyos,

Dos capítulos de la novela "Mrs. Caldwell habla con su hijo"

CAPITULO XL

El mar, un mar, ese mar.

El mar es una palabra que me causa náuseas, algo de lo que no puedo hablar con serenidad. El mar es un jovencito insoportable al que las cosas le han ido demasiado bien en esta vida.

Un mar, un mar cualquiera, aunque sea un mar concreto y determinado, no es nunca nada. Un mar, un amor, un asno, una aterciopelada flor, un niño perdido en una gran ciudad, un funcionario perseguido sañudamente por el jefe de personal, una bala que va volando bajo el cielo de una batalla. Es muy vago todo esto, muy impreciso. Quizás lo que suceda sea que todas las cosas necesitan su nombre.

¡Ah, pero también tienen sus inconvenientes las cosas con su nombre concreto! Aquél fatídico amor que se llamó *Pirámide*; aquel asno siniestro y desapacible que volvía la cabeza cuando escuchaba pronunciar la palabra *Catulo*; aquella flor bautizada de *Extraña Esperanza*; aquel niño que se perdió porque nadie le dijo *Dame la mano, Ricardo Henriques*; aquel funcionario que en su hogar se llamaba *Oprobio* y en la oficina *Conmiseración*; o aquella descocada bala *Margarita* que buscaba afanosamente el páncreas del más tierno recluta del batallón. El nombre del mar Egeo (Mediterráneo Oriental) es un nombre que no quiero pronunciar. O, cuando menos, un nombre que quiero pronunciar lo menos posible, como una penosa obligación de la que quisiéramos constantemente huir.

CAPITULO XLI

Los muertos y otros pensamientos igualmente vanos.

Los muertos suelen tomar posturas sorprendentes, hijo mío. Probablemente, si ellos pudieran verse, serían los primeros sorprendidos al verse así. Es posible que fuera curioso un largo y detallado estudio sobre las posturas que adoptan las gentes para morir. Sus posturas podrían clasificarse en grupos y, al frente de cada uno de los grupos, figuraría un tierno animal doméstico aterido, una gallina, un conejo de corral, un pato, un tierno lechoncillo. Si la gente fuera más culta de lo que es, Eliacim querido, podría saberse ya, a estas alturas, qué postura sería la preferida para cada cual al llegar el momento. Tu padre, hijo mío, prefirió una caritativa postura de gata parida. Daba risa verlo. Algunos amigos tuvieron que ayudarme a desdoblarlo para poderlo meter en la caja.

Pensamientos vanos pueden albergarse varios al cabo del día; es tan sólo preciso prestar cierta atención. Un guardapelo con un bucle dorado, un niño que todavía no conoce los azotes, otro niño sabio en las artes de la oropéndola. ¡Multitud, multitud de ellos!

Camilo José CELA

CREPUSCULO

Aquí tengo esta tarde con su lluviosa presencia
como huyendo de una tática luz,
como si pisada por bosques floreciera en agua.

Por esta tarde no ha pasado nadie.

Esta hora no tiene sino dolor en sueños;
no tiene rosas,
no tiene espina,
ni lentas hojas para escribir la tierra.
(Es igual que unas manos en actitud de ruina
por donde corre pasos lentos el futuro)

Me vienen desde siempre la humedad de la sombra,
los suspiros que se quedan detrás de cada beso,
las palabras que no se dicen del todo,
ríos lentos con paisaje en el lomo.

Todo en esta tarde es ala caída
y en el aire todo es lluvia imitando los pájaros.
La vida va cayendo
por su líquida luz,
por su costado abierto,
hasta las horas donde acaso todavía
no ha pasado nadie.

El viento va de bruces,
acude fluvial hacia el crepúsculo,
buscando en la vigilia
la duración de una imagen en los ojos.

Esta tarde sabe a puño,
a dedos con saliva,
a masticada espuma entre labios hostiles.
Cae al fondo,
rebotando entre los huesos,
hasta ese signo oscuro
de luminosas rayas con destino.

Yo me siento en la soledad,
en una aldea con su campana rota,
un lento anhelo de mar,
un pozo de voz pura
donde no han cantado los ángeles.

En esta tarde no ha sucedido nada.
Absolutamente nada.

El aire anuda su cabellera de agua,
la sangre golpea por el tacto
y sólo hay sobre la tarde
una pregunta destruída.

Por esta tarde no ha pasado nadie.

Eduardo COTE LAMUS

RECUERDO DE LA CASA

¡Vivir allí entre duendes es tan bello!
El duende de la cama
que, así como amanece, te pone en pie temprano,
el duende de las sábanas que pone
en verano frescor entre sus pliegues;
el duende del pan frito y la leche de vaca que bebemos,
el de la chimenea del invierno temblando,
el del serijo junto al fuego; duendes,
duendes de cal en las paredes,
cadáveres de duendes que dejan desconchones
y pican las gallinas para enlucir sus huevos.
Toda la casa está llena de duendes.
El vaquero se duerme con el suyo
musitándole partos y el tiempo de ordeñar.
La mujer del vaquero friega el cubo con agua
que del pozo sacaban con las manos,
los becerros se asustan de los duendes
y los pájaros andan por las tejas.

Por todas partes duendes en la casa,
debajo del sofá, de los cojines
del sofá, tras los cuales los periódicos
amarillean con noticias.

En la cocina, por la cantarera,
panzudamente el cántaro descansa.
Hay ollas grandes, la espetera exhibe
que las manos de madre sacan brillo.
Llama el cocido hirviendo a la familia,
niños traviosos hurgan en las trébedes,
la serilla de esparto con sandías
tiene lagos de miel bajo la cáscara.

En el patio las lilas hilan aire,
aire de abeja, avispa y mariposas;
las avispas anidan en las vigas
que, saledizas, hienden el espacio.
Hay alhelies, pensamientos,

rosas llenas de caldos olorosos
y una madre sentada haciendo punto
y disponiendo duendes cuando manda.

Hay montones de trigos en las cámaras,
montecitos de avena, chícharos, algarroba
y harina para piensos. Hay pequeños
duendes que comen trigo, con sus gatos.

Huele la casa a pan recién traído,
a pan recién comido, a pan bien hecho.
La criada pellizca las hogazas
y las ventanas aman poco al mundo.

Huele a la santidad del sudor y las cuentas,
al pequeño nostálgico sollozo,
y saben las cazuelas al dulzor del arropo
y a roscapiña saben los vasares.

Todos los duendes, siempre, se arrodillan
ante una estampa vieja con un Santo.



CASI SONETOS

1

Cuando el hombre reciente el aire pisa,
lleva en su fondo trágica simiente.
Toda la vida pasa por su frente
y en su fondo la muerte se precisa.
Oscuras cosas son bajo la brisa
que lloran por el ámbito inclemente.
Seres de soledad. Sombra inocente
con su agónico llanto y con su risa.
Viene el hombre y ya sabe a lo que viene:
sombra liviana de amargura acerva
en el hilo fatal que lo sostiene,
acaricia la tierra donde tiene
que nutrir las raíces de la yerba.

2

En la pasta de un libro tengo puesta
la palabra fatal y decisiva.
Abro el libro y revive la cal viva
de la página en blanco. La funesta
certidumbre filante. Y sin protesta,
paso a paso, mi marcha persuasiva
continúo. Mi barco a la deriva,
perdido a muchos tiros de ballesta.
Es el libro que espera, no cortado.
El misterio pasea por su pasta.
Y ante el nombre final y deseado
el izquierdo golpeo del costado
acelera la vida que no basta.

José FERNANDEZ ARROYO

SEGUNDO CANTO EPILIRICO

Antiguo sacerdote de mis cielos secretos
loco de mundo y de contrarias garras
vengo a cantar el ensueño y el pan
y a conducir a mi pueblo al horizonte.
Vengo a aclarar los sucesos del día
la breve gravedad de esos céntimos de vida
el nocturno temor a las heridas.
Vengo a silbar por las aceras como un tigre acosado,
como un corazón desierto con púas de ternura
vengo a horadar la tortilla gris de los talleres
a beber un vaso derramado cuando amanece sangre
y a mezclar en el sudor fornido de los destripaterrones
la libertad solar de mi justa intemperie.
Vengo a caminar abandonado con mi gloria y mis dientes
y a esa masa de pena darle un nombre y la espada
a esa masa de pena que lentamente asciende
como un río de incendios sin zapatos
hacia el oscuro morador de las ciudades
en el atardecer tan lindo.
Vengo con mi hueso cruel tardamente,
tardamente a crecer como violenta aurora
sobre lívidas almohadas de escolares
sobre sábanas tristes donde las vírgenes de labios dulces
escuchan el llanto de niños misteriosos
donde las gentes mueren con dos lágrimas redondas
donde se hace el amor tan ricamente y pasan los estíos.
Vengo yo pues, de no sé dónde, tejido por edades remotas
a cantar como sea, por mares, por ventanas, por olvidos y trigos
cumpliendo con mi instinto, con mi gana traidora, con mi risa y mi fuego.
Cada lunes, cada lunes dolorido bajo la lluvia
mil años al menos o mil siglos
un muerto solloza en la cocina silenciosa
y en un dorado olivo vuelve a nacer mi sed.

Mayo-1951.

Miguel LABORDETA



De Agustín Redondela.

EL QUEJIDO

(C U E N T O)

El extraño suceso ocurrió durante un verano de sequía. Las fuentes públicas quedaban mudas. Los arroyos eran arenales y, en algunas hondonadas, ciénagas de agua putrefacta. El abastecimiento urbano se servía con horarios limitadísimos y el agua fluía tristemente, dejando escapar por los abiertos grifos entrecortados gorgoteos, suspiros e hipos producidos por el aire que en los tubos quedaba aprisionado. La sensación de tristeza era tan solo sugestión motivada por la misma penuria del líquido. Si el agua llegaba precedida, seguida o acompañada de fenómenos acústicos, y si semejante concierto se valía de un lenguaje triston para manifestarse, esos ruidos no tenían, en la casa, más transcendencia que el fenómeno en sí, sin llegar nunca a confundirse con ningún ruido animal o humano.

Era una calorosa noche de septiembre. A lo lejos, en la paramera, brillaba un fuego que por su intensidad y extensión más bien parecía de bosque ardiendo que de piornos y rastrojos. También podía ser que los pastores quemasen los resecos e inútiles pastos para abono de los mismos.

La noticia del incendio, observado a última hora del paseo de la tarde, cundía entre las personas de la familia y, unos tras otros, todos habíamos dirigido una mirada de curiosidad y sobresalto antes de reunirnos para la cena. Particularmente los niños se mantenían en agitación, hacían preguntas y proponían hipótesis. El desconocido incendio colocado allá en lo alto, mas cuya altura no determinaba si alejado o cerca, había extendido un velo de intranquilidad sobre la familia.

El fuego no podía adquirir proporciones catastróficas en una región árida y pedregosa, ni tanto menos alcanzar la seguridad de la pequeña población, como así se les había explicado a los niños. Pero el fuego, especialmente de noche, pone una nota de inquietud en el ánimo.

Uno de nosotros tuvo que abandonar el comedor para atender a algo. La bañera, como de costumbre, se hallaba mediada de agua; pues ése era el depósito que usábamos para los menesteres domésticos no culinarios, al haber en la cocina una gran tinaja para sufragar a estos últimos. Por lo demás, en el cuarto de baño no había agua en ningún grifo.

Era yo el que se había ausentando. Tenía que lavar algo antes de que se secara. Mientras me absorbía la atención lo que estaba haciendo y quizá vagamente también la tenía dirigida hacia la visión del lejano fuego, un prolongado y lastimero quejido que concluyó en algo así como un estertor, resonó muy cerca de mí. Inconscientemente miré a mi alrededor, esperando, y no deseando, descubrir en un rincón a la persona que tan tristemente se quejaba. Nadie podía estar allí y, por supuesto, nadie había. Sin embargo, alguien, muy cerca de mí, había emitido ese lamento doloroso. El miedo a lo desconocido de una presencia humana se apoderó de mi corazón durante unos segundos, me detuve y, durante largo rato, o tal me lo pareció, escuché suspenso. No oyendo nada más, volví a mi tarea.

Clarísimo, largo, tan claro y tan tendido que pude seguirlo en todas sus modulaciones, se repitió ese ay de dolor y puede que de muerte. Un ser humano se quejaba con un lamento desgarrador, que era quejido y sollozo de llanto, concluidos por un angustioso gorgoteo.

Aún aguardé, inmóvil, pues no lograba descubrir de donde provenía. Espantoso como si suplicara, resonó por tercera vez, aunque levemente más corto. Tuve tiempo de dirigirme a un sumidero para, de rodillas junto al tubo, poder recoger el último ruido semejante al de una garganta

donde fluye la saliva, la sangre, o donde las fuerzas faltan y se adelanta la asfixia.

Adquirí plena consciencia de la realidad del fenómeno. A través del tubo tal vez cerca, tal vez lejos, oía, muy próxima a mí, a una persona herida, enferma o moribunda. Corrí al comedor y llamé a mi hermana. Sólo a ella, sin despertar sospechas en los demás, pero perentoriamente. La llevé al cuarto de baño y le dije: «Escucha». Entonces se repitió por cuarta vez el quejido, y, aunque pueda parecer insensato, yo tenía la certidumbre de que una persona se hallaba aprisionada en el tubo de plomo de la cañería. Así se lo consigné a mi hermana. No se rió, me dijo que eso no podía ser. El quejido que ella alcanzó a oír era perceptiblemente más corto, y el estertor o gorgoteo final se hacía más perceptible. Tal vez resonaba ya algo a agua, y tal vez el lamento que lo precedía sonaba algo más a silbido de aire.

Miré a mi hermana indicándole con un ademán el sumidero: «Ahí hay alguien que se queja. Es el quejido de una persona. No alarmes a los demás, no digas nada, yo voy a avisar al casero. Algo tenemos que hacer».

Me miraba perpleja. Repetí: «Algo hay que hacer. Puede que en realidad no sea más que un ruido de agua, sin embargo, alguien puede estar en peligro, hay que hacer algo».

Bajé al piso de abajo y pregunté por el dueño de la casa. Le conté lo que habíamos observado y le apremié para que se hiciese algo. No me contradijo, no hubo en él el menor indicio de ironía, pero, no sé si por cambiar de conversación me habló de su hija enferma. Había tenido una recaída..... «Entonces es eso», le dije. Me explicó pacientemente que a la sazón ya no se quejaba; no obstante, me permitió recorrer la casa. El cuarto de la enferma no correspondía al nuestro de baño, las cañerías y los conductos de desagüe no parecían de ningún modo poder contener el cuerpo de una persona. A todo esto, el casero no decía ni que sí ni que no, solo me mostraba pacientemente aquello que yo exigía comprobar y respondía a mis preguntas sobre albañilería y alcantarillado. Sin pensar directamente en ello, por mi memoria revoloteaban mientras tanto los pajarillos que de cuando en cuando perecían aprisionados en la caldera de la calefacción, los montones de cadáveres que todos los años arrastran el Sena y el Támesis, y los enfermos sepultados vivos por incuria de médicos.

Veía desaparecer mis esperanzas de rescatar al ser desconocido cuya voz, cercana o remota a un tiempo, aún resonaba lúgubrementemente en mis oídos. Me detuve perplejo. El casero abrió los brazos y volvió a dejarlos caer con gesto de ignorancia o impotencia. Le dije «¿Y si se avisase a los bomberos?» Esta vez el bueno del casero sonrió, parecía decir con la expresión de la cara: «¿No cree usted que ya hemos ido bastante lejos?».

Regresé a nuestro piso subiendo de dos en dos los escalones.

Fuí a escuchar por el tubo de la calefacción. Golpeé y ausculté suelo y paredes. No llegaban a mí más que sonidos de aire por las cañerías, inconfundiblemente de aire y agua. Quién fuese el que se quejaba, se había callado o había muerto.

Nos acostamos todos. Al día siguiente bajé a la huerta, exploré la ubicación del alcantarillado, atravesé el barrio pobre haciendo, de paso, ligeras preguntas acerca de posibles desgracias ocurridas durante la noche. Llegué al río, seguí su curso fijándome bien si no había alguna cueva o escondrijo, me asomé a las bocas de cloaca y grité hacia sus oscuras y pestíferas interioridades. Me alejaban de la población mis pesquisas. Llegué hasta la presa de la central eléctrica, a unos seis kilómetros del poblado. Más allá, no tuve fuerzas de seguir...

Chebé-CHICHARRO

POEMA ENTRECORTADO

Lejos,
lejos de tu última sonrisa caída al río
cuando se adivinaba el silencio detrás de cada piedra
sin fuerzas para el salto que va del llanto al cielo...

¿Desde qué primavera me envías tu sonrisa?

Diestramente conduces tu equipaje de sombras
aunque tu sandalia te lleva al mar,
al mar, entre las piedras horadadas de mi esperanza...

¿A qué constelación acudes para llenar de lágrimas tus ojos?

Si te endurece la promesa
recorre el camino golpeando las puertas con espigas

¿Hasta dónde llegaste con el humo?

Siempre así, retorciéndote en la cumbre,
pero humilde como el aceite y las mañanas.

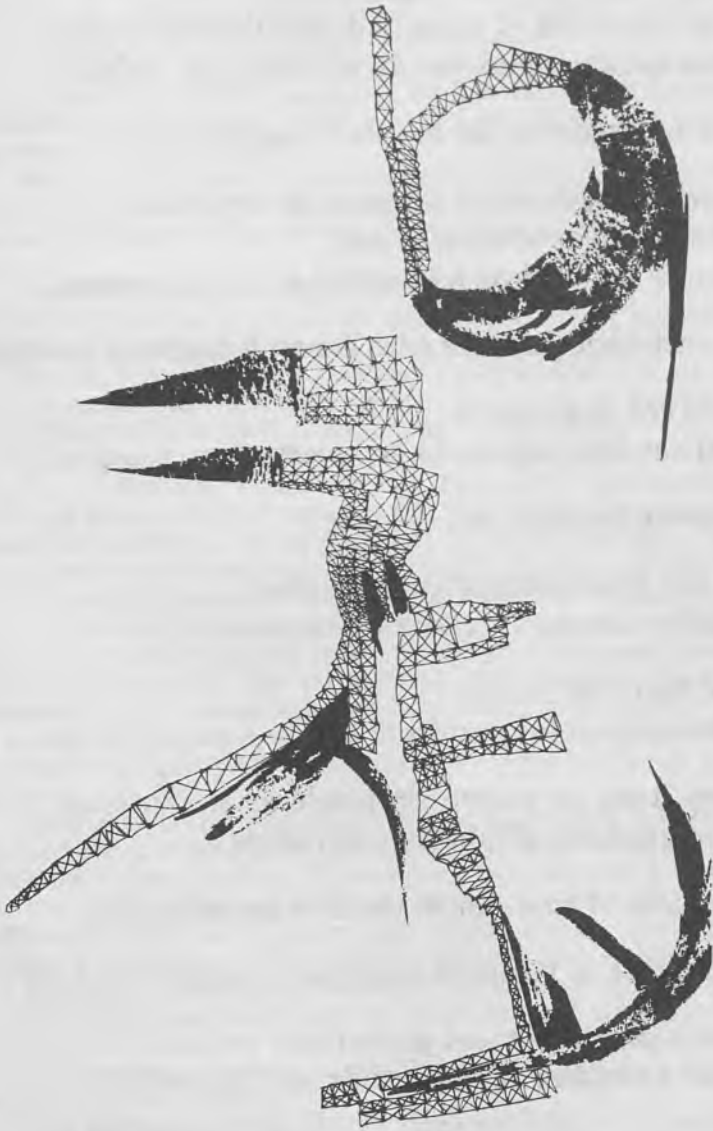
¿Con qué rueca de bronce
hilas calladamente tus suspiros?

Tu suspiro como un puerto sin banderas al atardecer.
Como una guadaña olvidada en el campo...

¡Cómo escuece el sitio donde tuvimos un recuerdo!

Pero alcanzarás al viento si consigues vendarme los ojos.

Hoy viene a mi memoria el gesto tuyo
condenado a sondear la dulzura de los huertos.



Dibujo de Francisco Nieva

ANGEL INCURABLE

El cáliz de la rosa débil
se estremece inconscientemente.
Allá van las margaritas
a tejer su condición insegura
entre las amables y plácidas yerbas.
Mi corazón que sabe un poco de esto
se acuesta en su rincón desangrándose.

Oh, este pétalo que más quisiera evadirse
que ser sólo un alivio pasajero.
La mano fugaz pretende apresar el hondo,
el vago, el sísmico quejido del argonauta.
Pero yo ya no tengo lienzos,
ni manos de qué ocuparme,
ni tesoros impávidos
escondidos en las mejillas.
Solamente un egocéntrico andamiaje
bien repleto de flores turbias
y de mariposas como mieles
me baten sus alas insistentemente,
y, sin embargo, prevalezco.

¡Amiga de los dioses, abre la ventana,
contempla el paleolítico
semblante del pisaverde
que se deshace de nuevo!
Mira el vasto concurso de las estrellas,
las ramas de la primavera,
los mil objetos perdidos,
cuando yo no tengo brazos.
Van mis ojos serenos de humos,
de labios incendiados,
de corazones semihundidos,
precisamente porque el marco en que deléitanse
es aquel que fustiga atardeceres.

Creed, hermanos, en el singular sobresalto,
en el candente soliloquio de los árboles,
de los tristísimos árboles,
y moved bien la encina donde carbones aúllan.
A ver si es posible contemplar el reflejo
del ánima que, a escondidas, desalentada, llora.

Gabino-Alejandro CARRIEDO

LA MEMORIA EN EL TIEMPO

A Vicente ALEIXANDRE

Las aguas brilladoras me han traído
la huyente claridad,
la hermosura pequeña de mis días antiguos,
de los días caídos sobre mí
como las aves caen, como yo sentiría
caer a los pájaros heridos, a esa blanda
conciencia que ellos son de morir con ternura,
con una igual ternura que esos días vencidos
me traen la tristeza a la memoria.

Yo los miro pasar;
son azules y bellos, son azules;
leves, flotan un momento a mi lado
y se hunden, de pronto, más allá de mi vida de hoy,
de este día que vivo, que ya se va con ellos,
con los otros que pasan,
igual que si bajase una ramita efímera
con estas aguas, con esta mi memoria resonante,
y desde mi presente la viera yo, voluble, darse liuyendo
y escapar ofreciéndose, igual que una muchacha,
igual que mi memoria discurriendo tan triste
detras de las orillas de mis años.

Su paso me ha traído,
encadenada en un instante, toda
la adorable ternura del tiempo que ya es lágrima,
del tiempo que ya es sólo una esperanza huérfana,
que yo viví, que aún puedo estar viviendo ahora,
niño en mi muerte diaria,
cual si fuese posible que los ríos,
las aguas brilladoras del recuerdo,
volver pudiesen a subir su cauce,
hundiendo en hoy la realidad pasada.

Y es que también es niño
quien mirando correr las aguas puras,
los momentos que fluyen evocados,
resucita, hace ciertos los días que cayeron,
que pasaron heridos, y los alza,
los levanta a la luz de la memoria,
a esa luz que nos duele, que está penando ya,
porque en el tiempo
sólo puede vivirse con un largo sollozo.

José Manuel CABALLERO Y BONALD

CUENTOS DE PINCEL Y RUECA

HABLANDO DE ESPUMA

Tú alzas la espuma y la ola doncella
en un puertecito, azul de inocencias.
Tú habitabas mi castillo de arena.

Por la playa vuelven las redes del recuerdo
tendiendo al sol peces, estrellas y besos.
Tú estás duerme, mujer, bajo la mar verde.

En las casas del puerto cantan las sirenas
y yo, que te quiero.

SONATAS EN UN CAMAFEO

A pasito de duende
que llegue la nieve
que llueve celeste
que viene que lluevel

Y aroma de infancia
su perfume aéreo...
A pasito de lejos
qué leve eral

Si el trineo se fuera
lucero volviera y lucero
entre los pinos verdes

* *

La mujer que yo espero
miraba en la nieve.
Su desnudez duerme
y en ángel se muere.

Los cisnes, el ángel y el espejo.
Un país blanco lleva
nieve al corazón: estrella
polar de los recuerdos.

Oh! La paz del invierno,
la pelerina y el fuego!
Copo a copo me muero.

VALSE PARA UN PAJARO

A la edad de la tristeza los recuerdos mudan de pétalos
y el tiempo azucena de ausencia los espejos.

Hueles a beso que tiembla en su propio secreto.

Tantos sueños amanecen solitarios
que los pones en el búcaro de plata.

... i tu pequeña lengua jardinera
es un levemente cementerio de jilgueros.

Mario CAJINA-VEGA



«La Mancha» por Gregorio Prieto

Gregorio Prieto escritor y publicista

En esta revista de aspiraciones universales que es «Deucalión» y donde ya han aparecido García Lorca como músico y Alberti como dibujante, no podía faltar el comentario a otra faceta que no es la habitual de Gregorio Prieto —manchego también proyectado en el mundo—. La referencia se sintetiza en el título de estas líneas; porque todos sabemos que Gregorio Prieto «además» de dotadísimo pintor y dibujante es escritor bueno y mejor editor.

Esta actividad no es nueva en el pintor de La Mancha y Grecia (casi nada), pues ya en sus años juveniles de andanzas por las costas más norteñas de Europa anotaba fiel y poéticamente sus impresiones, que vieron la luz en revistas de la época. Pero es en los últimos años, concretamente a partir de 1948 y a consecuencia del gran éxito de su exposición de dibujos en el Instituto Británico de Madrid, cuando Prieto se dedica intensivamente a las publicaciones.

Desde hace muchos años el nombre de Prieto aparece en las cubiertas de los libros, pero es en calidad de ilustrador, y desde aquellos «Cuerpos» y «Marineros» publicados en París por mil novecientos treinta y tantos, hasta «Los jardines ingleses», «Estudiantes de Oxford» y los «Sonetos de Shakespeare» va una línea de superación—en todos los sentidos—evidente. Es en Londres donde Prieto publica un inestimable volumen: «Dibujos de García Lorca», con comentarios explicativos del propio pintor. Obra que si no hubiese sido por la previsión de Gregorio, producto de su amistad admirativa con el poeta, tal vez se hubiera disgregado privándonos de conocer reunida la delicia dibujística de Federico. Este mismo volumen vuelve a editarlo Prieto en Madrid (diciembre de 1949) notablemente ampliado con nuevos dibujos. Tanto en las ediciones inglesas como en la española, la labor de Prieto no se limita a simple recopilador. En un ajustado prólogo y en atinados comentarios nos muestra claramente su penetración psicológica y su sentido poético.

En la misma colección de los dibujos de G. Lorca, aparecerá muy en breve un documentado estudio crítico sobre el pintor Eduardo Rosales, la gran figura de la pintura española del siglo XIX, que será de indudable interés. Un pintor desentrañando los misterios de otro pintor; y en este caso, sobre las hojuelas de la crítica de dos artistas del mismo matiz, la miel de la galanura literaria de Prieto.

Por años a que nos venimos refiriendo, 1949-50, Prieto comienza la publicación de sus dos interesantes colecciones: «Entretén» y la denominada con el nombre del pintor. De la primera salió en noviembre del 49 el volumen inicial «Toro-mujer», con prefacio de Ory, texto y dibujos de Prieto. Esta obra señala una importante novedad, tanto en la general de Gregorio como en las letras españolas. Los dibujos de «Entretén» no son ya las quintaesencias a que Prieto nos tiene acostumbrados, en los que la pureza de la línea se afianza en una

milagrosa seguridad de trazo. En los dibujos de «Toro-mujer»—como en los posteriores de la misma colección—Prieto intenta conscientemente una ¿superación? de su dibujo característico. Superación buscada de la forma opuesta a cómo esto suele ocurrir, pues en un principio la personalidad de todo artista se muestra un tanto imprecisa hasta que el tiempo se encarga de ir decantando las esencias que quedan depuradas en este proceso de sedimentación; pero el dibujo de Gregorio era ya tan depuradísimo que si el pintor intenta un nuevo camino tiene que ser removiendo los posos más tremendos de su sensibilidad, para servir con ellos el intencionado afán moralista del mal llamado «Entretén», pues esta colección es mucho más que un simple divertimento y en sus páginas se fijan para siempre arquetipos humanos que todos conocemos. Los dibujos de «Entretén» tal vez tengan como antecedente remoto los caprichos de Goya, en cuanto a la intención, y como aquellos consignan las lacras de su tiempo, con una precisión que no por voluntariamente disimulada impide ver los perfiles reales.

De la colección «Entretén» solo se ha puesto en venta «Toro-mujer», apesar de estar editados y listos para salir «Macho-machungo», con prefacio de Chebé; «Niño-mosca», que prologa Angel Crespo, y «Doña Berenguela, Estatua Viva» (el más lírico y menos mordaz de los hasta ahora publicados), con prefacio de quien estas líneas suscribe. «Entretén» alcanzará el número de siete volúmenes, número totémico de Prieto, y cuando esté completada será un fruto ácido, fragante, violento y escociente a la vez, como el limón, pero capaz también como él de curar heridas.

La colección «Gregorio Prieto» agrupa en sus siete volúmenes parte muy descatada de su labor como pintor y dibujante y se compone de los títulos siguientes: «Sevilla», «Tarragona», «La Mancha», «Dominicos», «Once poetas españoles», «Poetas ingleses» y «Grecia». En cada uno de estos elegantes volúmenes, de gran originalidad tipográfica, ha recogido el pintor parte de su obra correspondiente a dichos títulos, tanto antigua como reciente; o como en el caso de «Sevilla» son fruto de sus correrías por España pincel o lápiz en ristre, riñendo diariamente la batalla por el buen gusto y la exaltación de los valores patrios. Cada tomo lleva como prefacio trozos escogidos de Machado, Miró, Jean Cassou, Izquierdo, etc. y en el titulado «Dominicos», prólogo del propio pintor y editor que nos cuenta el curioso proceso que lleva a la creación artística, a veces por caminos tan aparentemente desviados.

En estas dos colecciones que comentamos, Prieto ha adoptado un original método de editar con hojas sueltas sin coser, cubiertas con solapa, considerables márgenes, blancos, etc., que dan a los libros una gran elegancia.

No se acaban aquí las aficiones editoriales de Gregorio Prieto, sabemos de muchos propósitos que serán realidad muy pronto, de los que tal vez sea prematuro hablar. De sobra sabemos que en el reino de las iniciativas el pirata es el rey; por lo tanto, tiempo al tiempo. Ya el infatigable manchego se irá encargando de sorprendernos no sólo con su luminosa pintura, también con sus poéticos escritos llenos de locuciones inesperadas de un arrebatado personalismo, que de su pintura tienen el brillante colorido y de su dibujo la afinada precisión sugerente.

Juan RAMIREZ DE LUCAS

PARA LA MUY CONOCIDA

*Puedes hablarme ahora;
como la lluvia cae—y es abril—
como tengo ya un árbol,
como un temblor de fiebre tengo,
y en las espaldas un deseo de niñas,
de muchachas de abril
—como es abril—
de lluvia,
de tierra muy mojada.*

*Tus labios con el pozo,
con el llanto de sueño,
sin el menor sonido
—como es abril—
sin lluvia.*

*Y tu frente que llevas
tan cercana al de niebla,
que no dice sonrisa,
—como es abril—
con lluvia
mientras la tarde muere.*

*Pero no.
Ni aun ahora.
—Como es abril—
el paso del reloj más callado
con el silencio tuyo.*

*Ni aun ahora.
Ya nunca
con abrazos precisos
—Como es abril—
lejanamente muerta
tú,
con lluvia sin paisaje,
la siempre conocida.*

Fernando CALATAYUD



MI MUNDO REAL

La fuerza de mi última vena plástica es aquella de que mis cuadros canten la música de los ríos con sonos de piedras chocadas con pedazos de tejas cocidas al rojo de hornos donde las tierras quemadas se calcinan para darnos los colores más vivos de sus cuerpos exactos. Las superficies animadas de preparaciones mates y sobrias, aptas para que los palos secos rayen los terrosos y oscuros ornamentos sobre fondos de llamaradas amarillas, donde el metal festivo no mate las purezas policromas para dar con gracia de todo lo que hay que saber plasmar con otros ojos y otras manos más nuevas y decisivas. Por eso quiero que nuestras pinturas suenen a piedras, arroyos de aguas sonoras, a viento de cerros, a arena, a cuerpo de árbol seco, a marga de río, a agujero, a enjambre de abejas, a pájaros de tierra.

Exigid a mis pinturas que hablen, porque todas esas músicas rurales son surcos recogidos por mis sentidos que saben percibir las policromías

sonoras de los trigos en el viento, fiesta de la tierra que, en millones de ecos de astros, siento despertar en otros mundos cuando me encuentro delante de las montañas y las nubes, acompañado de seculares encinas, naturalezas materiales de mis pinturas, plasmadas en fondos neutros en imponentes barrancos de venenos.

Estos pentágramas trazados en arquitecturas de aire por donde los astros giran en eterno movimiento, me han hecho sentir mundos nuevos para estas pinturas de génesis que estoy creando con alegría.

El cubismo ha despejado bastante la confusión, pero no tanto como para que el hombre y la mujer sepan a qué grados de comprensión se encuentran entre la realidad del arte y la naturaleza viviente. Yo no creo mucho, por este momento, en la rigidez ornamental cubista ni en la salvación de las escuelas realistas, pero sí creo en las superficies de los lienzos en que una mano, apretando su tiza crea las imágenes más sorprendentes y prodigiosas de la expresividad racial de nuestro suelo y nuestro cielo español atravesado por palomas como astros, que conducen telegramas llevando noticias de lo que no se tiene que hacer en pintura.

El asqueamiento es necesario, pero no el tedio. Esta es la peor enfermedad que puede padecer el hombre que quiere hacer arte. La juventud, en este momento, se asoma a un camino que, si sabe andarlo poco a poco, no la perderá. Tiene, primero, que reconocer las fuerzas que la impulsan, de aquellos maestros inmediatos que han abierto los caminos de la creación pura que hay que seguir para tocar el manantial de las esencias de una pintura que no es eco de otras ya vividas por otros menos vivos que nosotros, de aquellos opuestos, que nos quieren echar cordeles a nuestras gargantas porque no creen ni han creído nunca en la plástica edificada en los caminos vírgenes de tierra y de piedras donde las fuerzas viven eternas y los pájaros cantan a las mañanas entre vegetales y piedras de colores maravillosos del cosmos que nosotros amamos sobre todas las cosas.



Benjamín PALENCIA

HIJO

Hijo, cuando tu nazcas
y parezca que un lirio
nos brota de las manos,
tendrás una paloma en los ojos azules
dispuesta a levantar el vuelo de la gracia.
Serás tú quien nos diga
lo que desconocemos,
quien nos hable de estrellas para tí no lejanas,
que serán como breves cometas de juguete
—de papel construídas—
fijadas en el cielo.
Jugarás con las nubes como si fuesen barcos
de madera o de corcho
en mares diminutos—sin olas ni mareas—
con soles acabados de pintar.
Cogerás las semillas con tus manos tan nuevas
y dejarás que caigan y no lleguen al suelo
—sembradas en el aire—
para ver si florecen.
Serás como el abrazo gigante
y siempre joven
que úna por la cintura nuestras columnas vivas.
Y siempre
con regusto de flores en los labios
serás el hijo, el hijo...

León RAMOS

A G O S T O

Llegaste instituyendo
cándidas novedades

por la flor del verano
descendida del aire.

Saliva del estío
para que bienllegases

de la espuma a la cima
alzábase y alzábase.

Te corazoné lejos
como quien caza un ángel.

Noticia de calandria
me notició tu talle.

Cálida luna vieja
me habló de tí, fiel sangre.

Frutos de mar y tierra
a nuestros pies quebráronse.

Dulces alas los brazos.
Dulce el mundo sin nadie.

Fernando QUIÑONES

RAPSODIA EN GRIS

En su despacho de la Quinta Avenida
el hombre de negocios se orea.
No lejos está el crimen, el crimen céntrico
con su luminosa noche de vigilia.
Cerca del dormitorio, tal vez el recibidor
o en el jardín, cuyas fuentes veladas
saludan al pasar su adicto coche,
pasea con este hombre en crudo,
en impecable gris,
que ahora pone los pies sobre la mesa
y se sienta a escuchar
la sinfonía impasible de la calle.

Pues ya que la ciudad le sabe a invierno
y en impecable gris,
quiere guardar un gesto solemnemente frío
para esa efímera posteridad de prensa.
La luz del comedor que llega al césped
de la escalera, delante de la puerta
unos perros que ladran
y los grillos y ranas en un estanque próximo
se mezclan al tic-tac del interior.
Una mano que avanza de su sombra,
un brillante que amenaza
y ese gesto exquisito
del impecable gris,
le inducen hacia el amplio vestíbulo de la muerte
iluminado y lleno de acuarelas.

Qué rápida se aleja en el vértigo
la luz encendida en un comedor,
y qué inútil ante la muerte
la seriedad de unas relaciones
familiares, el impecable gris,
la vida metódica y serena,
todo eso que flota aún
sobre la gran rapsodia de la calle:
rapsodia en roble y mármol
y en impecable gris
donde empieza el olor de las gabardinas mojadas.

Caballero: la prensa os guarde
esa gloria loada a los estetas,
siempre impecable gris.
Solamente una dulce gardenia derramada
quede para el forense,
y un botón, una huella dactilar, una fibra
levantada en el impecable gris,
para esa luminosa noche de vigilia
y orgía policiaca.

Félix CASANOVA DE AYALA

DIRECTORES OPINAN

EL PAJARO DE PAJA.—Hemos creído conveniente hablar de «El Pájaro de Paja» en el momento de ahora, cuando ya todos los que escriben y los que leen, bien usen corbata, bien tengan los zapatos en deterioro, están decididamente inclinados en favor del ave que ha venido a alborotar el gallinero de nuestras rimas cotidianas. El impulso de «el pájaro» ha trascendido en forma visible a los más insospechados lugares del globo. En simpatía cierta y regocijada, ha sido celebrado el hallazgo de esta salida poética que viene con la bienintencionada idea de aclarar y dilucidar el momento poético español, Y la hora sonó de que alguien, fuera quien quisiera, pusiese las cartas boca arriba diciendo «Tal poema es bueno, tal es intolerable». Entre tanta intolerabilidad precisa, el camelo era fácil de localizar y lo pobre fácil de ser advertido. El retorno a nuestro rico pasado remotísimo es la tarea que se impone este pájaro que muchos han visto con escándalo y otros muchos con miedo.

Nació «El Pájaro de Paja» de resultas de conversaciones dolorosas habidas entre los poetas Angel Crespo, Gabino A. Carriedo y Federico Muelas, que lo dirigen.

G. A. C



DOÑA ENDRINA.—Con la «Oda a Roberto Benzi y otros poemas» y «Pliego suelto» doy un adelanto, el primero indeciso, más decisivo el segundo, de lo que quiero que sean muy pronto la revista y publicaciones «Doña Endrina».

Su propósito es colaborar eficazmente con esas pocas revistas que han dado los primeros pasos por el mundo y empiezan a demostrar que podemos ganar muchas cosas para la poesía.

No me importa ni la pirueta, ni la línea recta, sino el resultado.

Colaborarán tantos poetas cuantos pongan en mis manos un buen poema o una evidente promesa de redimirse. Ni los nombres hechos ni los deshechos, interesan por ellos mismos

No descarto las posibilidades de equivocarme, pero no tengo otra intención que la de servir a la belleza. Ni una gran popularidad, ni un éxito fácil, importan. Por el momento el afecto de unos pocos es suficiente, más adelante vendrá lo que viniere. Con levantar un nombre y salvar un poema me considero bien pagado.

Nada más hasta que nuestro conocimiento sea directo.

Antonio FERNANDEZ MOLINA



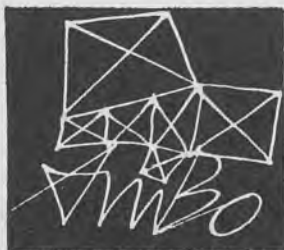
AMBO.—Revista tal vez trimestral. - Una cinta de modesto papel azul parece justificar y hasta excusarse de la aparición de esta revista que me vengo proponiendo publicar desde hace dos años lo menos. De ser así, continúa, cada tres meses verán ustedes manifestarse a dos artistas diferentes en esta hoja. El mundo pende de un hilo. Y más abajo una indicación: Desdoblar enteramente el papel. Porque se trata, sencillamente, de un pliego que hay que leer extendido. Alguien va a decir cuando lo lea que se trata de una cosa sin importancia y se va a echar a reír. No hay que entenderme mal: Lo que yo quiero decir es que en ocho miserables páginas he puesto el cuidado que se debe poner en todo, y más cuando aquí se hacen tantas vulgaridades tipográficas y se ha destruido toda tradición que aún pudiera guardar un poco interés.

El primer día que me decidí a materializar definitivamente a «Ambo», entré en una tipografía preguntando por el encargado y, con trabajo de levantar un dedo, uno de los empleados, viejo y con cara de mal humor, me señaló al fondo del taller, largo y estrecho; allí estaba el encargado, viejo también y sin afeitar. Le expliqué lo que deseaba y me dijo que él no tomaba los encargos hasta que no se lo autorizase el dueño. Pregunté por éste y me dijo que podría yo mismo llamarlo por el teléfono interior. Marqué el número que me indicó y al tomar el auricular escuché inmediatamente la voz del dueño; no recuerdo lo que dijo, pero al hablar yo replicó violentamente pidiéndome que colgara pues estaba tratando con otro comunicante del exterior. Poco después volví a descolgar el teléfono y aún seguía hablando; a la tercera vez pude explicarle lo que quería y me contestó que me entendiera con el encargado. Le dije que el encargado no tomaba los trabajos sin su autorización personal. Al menos así lo había entendido yo. El hombre se rió desagradablemente y me dijo que, naturalmente, así era, que en su casa mandaba él. Un poco perplejo me dirigí al encargado, dándole cuenta de mi conversación con su patrono y volví a escuchar una nueva y absurda negativa: «No tomaré el encargo hasta que no me lo autorice el jefe». «Bien, llámeme usted por teléfono y entérese, si es que no quiere darme ningún crédito». El viejo se calló y fué a sentarse ante una linotipia y comenzó a manipular allí. Supuse que tenía el propósito de entrevistarse con el dueño y por lo pronto atendía a algún trabajo o detalle de urgencia. Esperé un rato interminable y al cabo volví a dirigirme al viejo. Volvió a contestarme, fingiéndose un mártir de mi impaciencia, palabra por palabra lo que ya me había explicado dos veces. «Mire usted, señor, yo no estoy autorizado para aceptar los trabajos de la linotipia sin el permiso del jefe. Según lo que él diga, así le tomaré yo el trabajo o no se lo tomaré. Aquí el que manda es él». «Comprendo: Usted precisa que el dueño se lo diga personalmente; en ese caso yo nada tengo que hacer, sino usted, que debe hablar con él y tomar sus instrucciones». «Bueno, aguarde usted un momento». Y fue a sentarse tras una mesa muy estrecha que había en un rincón y se puso a extender unos recibos y a subrayar fechas en un almanaque que tenía detrás. Pasado un tiempo me miró con expresión dubitativa y me sugirió si no sería lo mejor que yo mismo subiera a casa del jefe y me entendiera cara a cara con él. Por lo visto el hombre no debía encontrarse en muy buena armonía con su superior y trataba de evitar entre los dos un trato demasiado directo; acaso quería herirlo de esta forma, haciéndose él, que era responsable, irresponsable de cualquier encargo que se hiciera en la casa. Recordé la réplica violenta del otro al mencionar la limitación de su empleado en lo tocante a la admisión de encargos, cosa que, por otra parte, él habría de saber mejor que yo. Este era, al parecer, todo el misterio del asunto; posiblemente la enemistad de los dos, quién sabe por qué motivos; quizás, puestos a suponer, por causa de algún trabajo aceptado por el encargado que contrarió opiniones y conveniencias del dueño y suscitó un serio disgusto entre los dos. El dueño habría ofendido con su lengua suelta al encargado y éste, no pudiendo rebelarse por la gran necesidad de conservar su puesto, actuaba con sutil resentimiento y elaboraba delicadísimas venganzas de las que ahora yo resultaba indirectamente víctima.

Persiguiendo la más rápida solución, subí al piso y salí a abrirme una criada, la cual me dijo que el señor no recibía a esas horas y que lo mejor que podía hacer sería bajar al taller y comunicar mis deseos por medio del teléfono interior.

De aquí a la realización total de mi pequeño «Ambo», podría haberse leído cada día un párrafo de «La Odisea» y meditado extensa y profundamente sobre él. Pero al fin el modesto hereje de la tipografía ya está metidito en su sobre e irá a las manos de nuestros buenos amigos artistas y escritores que lo comentarán con ibérica destemplanza.

Francisco NIEVA



El dibujo de la portada es de Gregorio Prieto
y el de la última página de Madrilley.

Imprenta Provincial



Subvenciona «Deucalión» la Excm. Diputación Provincial

